



Revista Latinoamericana de Estudios sobre  
Cuerpos, Emociones y Sociedad

ISSN: 1852-8759

correo@relaces.com.ar

Universidad Nacional de Córdoba  
Argentina

Morcillo, Santiago

De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras encarnadas y tácticas de quienes trabajan en  
el mercado sexual

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, vol. 3, núm. 7,  
diciembre-marzo, 2011, pp. 17-28

Universidad Nacional de Córdoba  
Córdoba, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273221545003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.  
Nº7. Año 3. Diciembre 2011-marzo 2012. Argentina. ISSN: 1852-8759. pp. 17-28.

## De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras *encarnadas* y tácticas de quienes trabajan en el mercado sexual

*How to sell sex and not die trying. Borders embodied and tactics of those working in the sex trade.*

**Santiago Morcillo\***

Instituto Gino Germani (IIGG), Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES), Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina.

[santiagomorcillo@gmail.com](mailto:santiagomorcillo@gmail.com)

### Resumen

El cruce entre sexo y dinero se ha construido históricamente como un punto conflictivo. La intersección entre prácticas sexuales y esfera laboral/comercial pública, atravesada por relaciones de clase y de género, moldea al estigma que marca a quienes realizan sexo comercial. Frente a esto resulta importante comprender cómo esta especificidad del mercado sexual propicia el desarrollo de tácticas y límites simbólicos *encarnados* que van más allá de una lógica economicista. El artículo, basado en entrevistas en profundidad con mujeres y travestis dedicadas al trabajo sexual, analiza el papel desempeñado por determinadas prácticas restringidas en el intercambio sexual con los “clientes” y las condiciones –económicas, culturales y laborales– bajo las que se consolidan o se perturban los márgenes de tales limitaciones y algunas consecuencias “micropolíticas” de las mismas.

**Palabras clave:** prostitución, límites simbólicos-encarnados, mercado sexual, prácticas sexuales, subjetividad

### Abstract

The exchange of money and sex has been constructed as conflictive and resulting in stigmatization of people who perform sex work. Sex market is signed by the tension located in the intersection of sexual practices and commercial/working public sphere, as well as crossed by class and gender relations. Drawing from in depth interviews with female and transgender sex workers, this article seeks to understand how the singularities of sex market propitiates the use of tactics and the materialization of symbolic *embodied* boundaries beyond a merely economical logic. In particular, the article focuses in the role of certain sexual practices avoided in encounters with clients, and the economical, cultural and working conditions under which those boundaries are consolidated or destabilized, as well as some of its “micropolitical” consequences.

**Keywords:** prostitution, symbolic-embodied boundaries, sex market, sexual practices, subjectivity

\* Doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires. Licenciado y Profesor en Sociología (UNSI). Docente en la

## De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras *encarnadas* y tácticas de quienes trabajan en el mercado sexual

### Introducción

Antes de analizar las tácticas y los límites que se fijan las mujeres y travestis que realizan trabajo sexual,<sup>1</sup> es importante caracterizar algunos de los elementos que distinguen al mercado sexual y en particular al sexo comercial o aquello que se llama “prostitución”. En primer lugar esta será entendida como aquellas prácticas que de forma regular y constante resultan en remuneraciones monetarias realizando actividades sexuales. Lo que aquí se denomina trabajo sexual debe ser pensado dentro de un continuo de intercambios sexuales-económicos –dentro de los que se incluye el matrimonio–, que iría desde la esclavitud sexual hasta formas mucho menos asimétricas de intercambio y donde además de la relación puntual “cliente-prostituta” intervienen variables estructurales (cfr. Fraser, 1993; Pletcher, 2000; Sanders, 2005). En esta introducción se exponen brevemente algunas de estas características estructurales, las cuales se deben tomar en cuenta para comprender el accionar de quienes trabajan en el mercado sexual conjugando las variables económicas con una serie de elementos que, sin excluirlas, exceden la lógica meramente monetaria.

La prostitución ha sido concebida, particularmente a partir de la modernidad y del auge del dispositivo de sexualidad (Foucault, 2002), como una práctica sexual claramente ilegítima. La ligazón profunda que el dispositivo de sexualidad traba entre la sexualidad y la subjetividad va a la par de la invención de los distintos personajes perversos. Así, los efectos que articula dicho dispositivo construyen el personaje de la “prostituta”, y a la vez naturalizan y ocultan las relaciones de poder, generizadas y clasistas, que subyacen a la construcción de todas las sexualidades periféricas (Justo y Morcillo, 2008a). Si

bien estos procesos fueron estudiados por Foucault en el contexto europeo, varias investigaciones muestran cómo, a partir de la implementación del modelo regulacionista de la prostitución (originalmente francés), se “importan” las características más relevantes a muchos países de Latinoamérica y Argentina en particular (Guy, 1994; Grammatico, 2000; Nuñez, 2001; Obregón 2002)

Se han realizado diversos estudios sobre los procesos por los cuales las prostitutas fueron individualizadas y segregadas del resto de la clase obrera.<sup>2</sup> A través de estas transformaciones, donde tuvieron un papel importante el higienismo y la epidemiología decimonónica (Morcillo, 2009), las prostitutas son construidas como una población en sentido foucaultiano y a la vez como una especie, reforzando así un estereotipo históricamente consolidado, que encuentra antiguas resonancias en el discurso del catolicismo. En particular resulta relevante la sanción que establece el catolicismo al placer de las prostitutas, ya que estas no podrán ser perdonadas salvo que, como Magdalena, se arrepientan de los pecados cometidos y que en ningún caso hayan sido motivadas por el placer sino por la pobreza y la necesidad económica (cfr. Justo y Morcillo, 2008b). En este sentido la sexualidad de las prostitutas al ser fuente de estigmatización opera como un control sobre la sexualidad femenina en general. Para cualquier mujer una sexualidad que se apoye más en el placer que en los vínculos sentimentales, que exceda las fronteras de la monogamia, entre otros límites, significa acercarse peligrosamente al estereotipo de la “puta” (sobre el

<sup>1</sup> En adelante se utiliza la denominación “trabajo sexual” basado en la propia consideración de las mujeres y travestis que fueron entrevistadas quienes se refieren a su actividad como un “trabajo”. El uso de esta denominación no significa una ponderación moral de dichas tareas –cosa que no cabe en un análisis del tipo que aquí se intenta– en todo caso se busca

<sup>2</sup> Por ejemplo Judith Walkowitz plantea que la prostitución comienza a ocupar un lugar diferente pues deja de ser una actividad ocasional y se configura como tarea más permanente en la vida de quienes la ejercen. También como efecto de las reformas legales y la persecución policial las prostitutas son escindidas de la población obrera y comienzan a ser aisladas como una minoría proscrita (citada en Rubin, 1989). En Argentina en particular, esto fue muy visible en el período que se ha denominado “regulacionista” (entre 1850-1950) en el cual se sucedieron intentos de legalizar la prostitución y controlar su

estigma de las prostitutas como fuente de control de la sexualidad femenina ver Juliano, 2003)

Mirando hacia el mercado sexual constituido en vinculación con la sexualidad, la prostitución se delinearía como una mediación de las tantas sexualidades perversas que implanta el dispositivo de sexualidad, que hostiga y a la vez acicatea en una eterna persecución entre el poder y el placer. Es este papel que como mediación cumple la prostitución, lo que contribuye a reafirmar lo duradero del juego entre poder y placer, pues como mediación asegura la recaudación económica (Foucault, 2002). La prostitución, como dispositivo que articula las relaciones entre individuos, aparece como un moinete, o una gran rueda a la cual los individuos se hallan atados, sujetos, de forma tal que con sus movimientos, sus seguimientos y acosos, están siempre aportando sus energías al sistema económico.

En consonancia con ello, aunque en clave deleuziana, podemos concebir al dispositivo de prostitución como una “máquina de captura”, tal como lo plantea Perlongher, a través de la cual son secuestrados los flujos libidinales y retraducidos en “intensidades medias”. Retraducción que se opera a través de la combinación de un macrocódigo binario (que refiere a la edad, sexo, raza, etc.) y un microcódigo infinitesimal que capta los movimientos singulares del deseo y el goce convirtiéndolos en una equivalencia monetaria.

La prostitución sería uno de los dispositivos por los cuales el gozo (de intensidades imposibles irre recuperables) se circunviene en la intercambiabilidad generalizada del capital. La energía libidinal del goce perverso se integra, mediante el pago, al circuito de los intercambios; a resultas de esa conexión, las sensaciones y las emociones van a ser “negociadas al precio de la calle”. (Perlongher, 1993: 108)

Perlongher apunta varias tensiones o movilizaciones concurrentes tanto en sentido de desterritorializaciones como de reterritorializaciones, por ejemplo: “el golpe de vista de la prostituta [...] sexualiza y enciende la muchedumbre anodina [...] por un lado, se abren ‘puntos de fuga’ libidinales pero la prostitución procede, por el otro a una re-conversión de ese flujo deseante” (Perlongher, 1993: 128).

De esta manera el mercado sexual requiere a sus trabajadores acentuar, o tal vez impostar, la sensualidad, no ya únicamente como respuesta a un mandato cultural de género, sino también como suerte de estrategia de mercado, pues se establece

una codificación entre las características (biométricas, etarias y étnicas) estimadas en los cuerpos que ofrecen el sexo, y su valor monetario. Este cuerpo-objeto de deseo está codificado como mercancía, de forma que es producido como un cierto valor, tiene una determinada cotización en el mercado sexual. Esta tiene vínculos con las características de los cuerpos de quienes hacen trabajo sexual y también con el tipo de práctica que se solicite, pues se valorizan más las prácticas interdictas –de allí que las ofertas mencionen diferencias etarias, étnicas, prácticas lésbicas, sexo grupal, anal, etc.– Por esta cotización de cuerpos y prácticas es importante considerar, como las propias mujeres y travestis organizan sus tácticas y definen sus límites simbólico/corporales al entablar relaciones con los clientes y en sus vidas íntimas.

Al trabajar sobre la posición subjetiva de la prostituta Julia O’Connell Davidson se refiere al status ‘liminar’ de la prostituta; aludiendo al hecho de que al “vender sexo” se está vendiendo algo que no se halla *completamente* comodificado –o sea, los significados que lo rodean hacen que no pueda ser considerado directamente como una mercancía– y que es usualmente asociado a una esfera privada y no comercial, gobernada por valores de intimidad, amor y afecto. A ello Brewis y Linstead agregan que “esta liminaridad posiblemente significa que el lugar donde ocurre la prostitución, ya sea la real ubicación geográfica, la parte del cuerpo o la ubicación simbólica (en términos de su posicionamiento en la psique de la prostituta), es también crucial al sentido de sí misma de la prostituta, a su autoestima” (2000: 89).

El estereotipo estigmatizante, lo que Pheterson (2000) denomina el “estigma de puta”,<sup>3</sup> atraviesa la subjetividad de las personas que realizan

<sup>3</sup> Pheterson plantea una lista de actividades que, supuestamente, llevan a cabo las prostitutas y por las cuales la sociedad respetable las considera deshonradas: “(1) relacionarse sexualmente con extraños; (2) relacionarse sexualmente con muchas parejas; (3) tomar la iniciativa sexual, controlar los encuentros sexuales y ser una experta en sexo; (4) pedir dinero a cambio de sexo; (5) satisfacer las fantasías sexuales masculinas de manera impersonal; (6) estar sola en la calle por la noche, en calles oscuras, vestida para provocar el deseo masculino; (7) encontrarse en situaciones determinadas con hombres insolentes, borrachos o violentos que o bien una puede manejar (‘mujeres descaradas o vulgares’) o ser manejadas por ellos (‘mujeres convertidas en víctimas’)” (Pheterson, 2000: 59). A un nivel más estructural, Pheterson señala que es el hecho de pedir dinero, abiertamente, a cambio de sexo y por fuera de la institución del matrimonio, lo que estaría por fuera del sistema de parentesco instituido y que

trabajo sexual y se convierte en un status social que perdura en el tiempo, aun cuando ya no se lo realice más (Cfr. Juliano, 2002; Pheterson, 2000). Además, Juliano (2003) plantea que el estigma que marca a las prostitutas también tiene como efectos estratégicos tanto obstaculizar sus posibilidades de organización colectiva, como lograr que estas mujeres permanezcan en esta actividad dificultando su salida del “mundo de la prostitución”.

Por último otro de los efectos de la estigmatización, en este caso tal como la entiende Goffman (1998), radica en que el “atributo”<sup>4</sup> estigmatizante captura toda la atención. Así se produce una retracción de la polifonía subjetiva y una de las tantas esferas subjetivas monopoliza e invade las demás, aquí, el realizar trabajo sexual impregna toda la subjetividad de quien lo lleva a cabo. Es esta marca, que pone de manifiesto una vez más cómo se construyen estrechas relaciones entre las prácticas sexuales y las identidades esencializadas que se les adjudican, la que señala la importancia de enfocar particularmente cómo se manejan y se limitan las actividades sexuales que se realizan en la esfera del trabajo sexual.

Esta singular constitución del mercado sexual y de las subjetividades de quienes realizan trabajo sexual redundan en la recurrencia a ciertas tácticas que –como hemos mencionado– aunque estén permeadas por una lógica de mercado, la exceden. En este sentido, a partir del análisis de los datos construidos en el trabajo de campo, se plantea que fijar límites a las prácticas sexuales sostenidas con los clientes puede ser comprendido como parte de los límites simbólicos (corporeizados) que construyen las personas dedicadas al trabajo sexual. Estas restricciones presentan varias articulaciones, por una parte constituyen un mecanismo para construir y significar al sexo como trabajo; y por otra una técnica que permite lidiar con la estigmatización. Finalmente se evalúa cómo el establecimiento de dichos límites (sus desplazamientos, significaciones y su permeabilidad) puede ser leído como un indicador de algunas de las relaciones de poder que se dan el marco del trabajo sexual.

### Metodología

A pesar de que la discusión sobre cuál es el status del trabajo sexual/prostitución y cuáles son sus implicancias, ha sido y es muy convocante en algunos ámbitos –fundamentalmente académicos o ligados al activismo–, los estudios empíricos sobre esta problemática son escasos en la Argentina. Más aun, es muy difícil hallar alguna investigación –excepto tal vez las enfocadas en el VIH y el uso de preservativo– sobre las tácticas que utilizan y las significaciones que otorgan al sexo quienes realizan trabajo sexual. Es por ello que considero importante presentar estos avances de investigación si bien la misma se encuentra aún en una fase exploratoria.

El análisis desarrollado a continuación se basa en entrevistas en profundidad realizadas como parte de una investigación mayor que tuvo lugar en la primera mitad del año 2008 (Pecheny, 2008). Se hicieron 17 entrevistas a mujeres y travestis que hacen trabajo sexual. Si bien es cierto que en algunos aspectos relacionados con las identidades las posiciones de mujeres y travestis son diferentes (Fernández, 2004; Modarelli, 2005; Figari, 2007), resulta notable como en ambos casos se demarcan límites simbólico-corporales y se realiza un trabajo emocional de forma similar, es por este motivo que se ha decidido trabajar con los testimonios de ambas en este artículo.

Las entrevistas se hicieron en forma semi-estructurada –siguiendo una guía y a la vez permitiendo el flujo del discurso de las entrevistadas– y duraron entre media hora y una hora y media. Los encuentros se llevaron a cabo en Buenos Aires y en Rosario, ambas ciudades que pueden ser consideradas “metrópolis” del trabajo sexual en Argentina, tanto históricamente como plantean varios estudios (entre otros: Múgica, 2001), como por su actual extensión. Es importante recordar que la prostitución no es ilegal en Argentina, el cual se considera un país abolicionista.<sup>5</sup> Sí se halla penado el promover o

<sup>5</sup> El abolicionismo constituye un amplio espectro de posiciones. Algunos sectores del feminismo que pugnan por la abolición de toda forma de prostitución por considerarlas todas similares a la esclavitud sexual (para una discusión más exhaustiva de las posiciones dentro del feminismo véase Chapkis, 1997 o Kesler, 2002). Por otra parte la doctrina abolicionista tal como la profesan muchos Estados –Argentina entre ellos– se plantea la abolición de la explotación de la prostitución por parte de terceros, valorada como una violación a los derechos humanos y una ofensa contra la integridad y la dignidad de la persona. De todas formas, aunque el proxenetismo es débilmente perseguido, existen regulaciones menores –edictos o códigos de faltas– que castigan al trabajo sexual como una contravención (en algunos casos se pena la oferta de sexo en ciertas áreas o la “prostitución escandalosa” o el “vestir ropas

<sup>4</sup> Este atributo no debe ser entendido como una característica individual sino que tiene un carácter relacional y construido el cual se articula a partir de relaciones de poder. Para una comprensión cabal de las implicancias estructurales y políticas de la categoría de estigma que va mucho más allá del marco

facilitar la prostitución de otras personas y/o explotar económicamente el ejercicio de la prostitución de otros.

Se seleccionaron para las entrevistas a mujeres y travestis que fueran: mayores de 18 años, argentinas y que definan su trabajo como “independiente”<sup>6</sup> en el sentido de no tener ningún proxeneta. Esto permitió hacer un recorte que evitara casos de jóvenes explotadas y traficadas por la industria del sexo, casos que, aunque son de gran importancia, exceden el alcance de este estudio. Las edades de las mujeres entrevistadas oscilan entre 28 años y 50 años, y de las travestis entre 22 años y 46 años. En cuanto a su nivel educativo, va desde primario incompleto a secundario incompleto; únicamente dos (travestis) completaron el secundario. Ninguna de las entrevistadas tiene cobertura de salud o seguro médico.<sup>7</sup> Cinco de las entrevistadas eran solteras, cinco vivían en concubinato, cuatro estaban separadas y dos tenían pareja/s estable/s. La mayor parte de ellas trabajan en la calle (10) otras en departamentos/habitaciones (4) y otras en ambas situaciones (3) combinando también con la realización del trabajo en el propio hogar de las entrevistadas.

### Límites, significados y motivaciones

En relación a los límites que se ponen a las prácticas sexuales con clientes todas las entrevistadas dijeron rechazar los contactos sexuales sin preservativo. También la amplia mayoría dijo rechazar, o buscar diligentemente evitar los besos, lo cual es consistente con la literatura consultada (Gaspar, 1985; Brewis y Linstead, 2000; Pasini, 2000; Sanders, 2002, 2005). Varias entrevistadas, tanto travestis como mujeres, dijeron rehusarse a tener sexo comercial con otras mujeres. Aunque en este punto los límites de mujeres y travestis se asemejan, sucede lo contrario con el sexo anal. Si bien no tan rechazado como el sexo sin protección o los besos, algunas mujeres reportaron su rechazo a tener sexo anal con los clientes. Por otra parte varias travestis señalaron que no hacían “de activa”, es decir que no penetraban a sus clientes. A nivel general, si bien

no eran planteados como límites explícitos frente a los clientes, muchas entrevistadas señalaron la preferencia por reducir al mínimo necesario tanto el contacto físico entre su cuerpo y el de los clientes, como la desnudez de su propio cuerpo, de forma similar a lo hallado en otras investigaciones (Gaspar, 1985; Sanders 2002).

Además de las limitaciones que tienen como objeto determinadas prácticas sexuales aparecieron otros elementos que circunscriben y organizan los intercambios en el sexo comercial. Todas las entrevistadas dijeron poner límites temporales a las relaciones sexuales con los clientes. El tiempo de cada “salida” depende del monto de dinero recibido, este será el que regule por cuánto tiempo se brindarán los servicios sexuales. Aun así, aunque el dinero parezca el principal factor que determina el tiempo de duración del encuentro, el manejo del tiempo como límite de las prácticas sexuales realizadas con los clientes tiene diferentes dimensiones.

Por un lado involucra usar técnicas para lograr que el cliente tenga un orgasmo más rápidamente, o para hacer pasar el tiempo con juegos no directamente sexuales y que evaden el contacto físico. Para todas las entrevistadas el cliente que “se demora” aparece como una carga y en tanto esto ocurre porque no puede alcanzar el orgasmo representa un potencial riesgo de violencia (lo cual estaría demostrando también la fragilidad del control sobre esta limitación temporal, ver Brewis y Linstead, 2000; Sanders, 2005).

Quizás te están pagando \$20; \$30 y... piensa que pueden hacer de todo... o estar... cuántas horas ellos quieren... y no es así... Si yo... esto lo digo enseguida: mi amor, dale, dale... nene que yo... te voy a cobrar más, ¿eh? [...] abren la ventanilla, se fuman un cigarrillo... mientras que yo estoy... Y no... relajate... concéntrate en esto porque sino pasa un minutos más, dos minutos más y si no acabás yo me bajo, ¿eh? (Natalia)

Que por ahí vos le decís son 15, 20 minutos y porque el hombre está, viste, drogado... Que el hombre no acabó y piensa que vos tener que estar toda la noche con él. Por ahí son violentos, ponele, no todos (Antonia)

Por otra parte una forma en que interviene el manejo del tiempo para fijar límites al trabajo sexual se manifiesta en el hecho de que la mayoría de las entrevistadas regulan tanto los horarios como los días en los que se dedicaban al trabajo sexual. Acá la esfera afectivo personal se superpone a la lógica económica pues muchas veces los fines de

<sup>6</sup> No por esto es posible pensar que dedicarse al trabajo sexual sea una decisión “libre” tomada sin ningún tipo de constrictión, tal como suponen algunos enfoques de tintes liberales. En este sentido tal vez sea necesario recordar que tal tipo de decisiones sólo pueden ser pensadas desde un idealismo individualista que no resiste la más mínima crítica desde las ciencias sociales.

<sup>7</sup> Sólo una de las entrevistadas (travesti) tiene un seguro de

aparecen como momentos en que se alejan del trabajo para dedicarse a sus vidas personales.

Finalmente, muchas entrevistadas dijeron usar la “psicología” en la elección de los clientes, lo cual estaría operando también como un límite. Algunas de las entrevistadas señalaron que preferían, contra lo que se podría suponer, trabajar en la calle y no en departamentos/habitaciones pues allí no tenían margen para seleccionar a los clientes. Este límite responde a cuidar la propia seguridad y generalmente se evitan los clientes que pueden ser problemáticos: ebrios, nerviosos o alterados, muy sucios o con propuestas extrañas, etc. Esta selección también puede significar decir a un cliente cuyo comportamiento fue inapropiado que no vuelva pues no será atendido (ver también Brewis y Linstead, 2000).

vos en la calle, vos, tenés que ser psicóloga, tenés que aprender la psicología ante todo porque no sabés cuándo van a surgir los problemas... (Moria)

claro, podés elegir. Tampoco tengo esa necesidad de que tengo que rendirles cuentas a alguien porque no tengo plata, no. [...] con el tiempo vas aprendiendo [a elegir clientes], hay psicología en la mirada... El que viene con algo malo o a hacerte algo malo, siempre se le va a ir algo. Está nervioso... Principalmente que sea dentro de lo posible educado, no importa que sea pobre, que sea limpio y educado (Mónica)

¿Qué significados y/o motivaciones pueden vincularse con estos límites? Desde la lectura de las entrevistas surge que estos límites tienen distintas significaciones: una de ellas es el cuidado de la propia salud, y también de la salud de sus parejas y/o familias. Más precisamente, la noción de salud es construida como una forma de “higiene”, lo cual como veremos más adelante tiene importantes implicancias simbólicas. Esta pauta se hallaba vinculada al rechazo hacia las relaciones sin preservativo y hacia el sexo anal (también fue mencionada como motivación para restringir los intercambios que impliquen besar en la boca a los clientes).

Fijar límites a las prácticas sexuales y a la forma en que se las realiza es también interpretado como una forma de organizar el trabajo sexual de manera similar a la que se haría con otras formas de trabajo. Esto tiene relación directa con el manejo del tiempo y restricción de besar en la relación sexual comercial.

a la hora de trabajar, hay que trabajar. Hay un horario de ida y de vuelta. ... Porque la persona que se organiza es un trabajo como todos, ¿entendés?, vos tenés tu horario. Salgo a las 10 de la noche y yo sé que a las

3 de la mañana tengo que terminar mi trabajo (María)

Muchas veces la limitación está motivada por lo que las entrevistadas consideran acorde a su orientación sexual. Tal es el caso en la restricción a tener sexo con mujeres, tanto para las travestis como para las mujeres, y la restricción de las penetraciones activas para las travestis.

Si yo elegí este camino es para no hacerlo con mujeres. (Jimena)

Mire, yo no soy bisexual... No, con otra chica no. Lo acepto, que lo hagan otras. No me siento que una mujer me toque la piel. (María)

Uno de los elementos más importantes vinculado a las limitaciones puestas en el sexo comercial es la posibilidad, y muchas veces la necesidad, de separar el afecto del sexo comercial. Este es el sentido atribuido para el caso “paradigmático” del rechazo a dar besos (pero también de otras prácticas asociadas al afecto como las caricias y abrazos), de las restricciones temporales y de la evitación de proximidad física. El realizar estas prácticas en el contexto del sexo comercial involucraría un esfuerzo muy grande a la hora de deslindar las emociones del sexo laboral.

si vos das un beso, para mí, es como que vos lo agarrás en serio. O sea, es un trabajo, el que agarra la plata sos vos, acá no estás de novia [...] yo pienso que las personas que trabajan van directo a los bifes (Antonía)

Finalmente, otras dos motivaciones para fijar límites a las prácticas sexuales en las relaciones con clientes fueron, por una parte el potencial de algunas prácticas para generar placer a las propias entrevistadas (tal como fue mencionado en las entrevistas al referir al cunnilingus o recibir estimulación en los genitales) y por otra parte la capacidad de provocar repugnancia (en referencia al anilingus y también a los besos en la boca o “beso francés”).

El principal papel que parecen cumplir los límites impuestos a las prácticas sexuales y a las relaciones con los clientes es establecer un límite simbólico. Entonces no es casual que uno de los significantes que aparecen relacionados a las limitaciones sea el de la “higiene”, pues lo que permite esta barrera es mantener alejada la “suciedad”, las fuentes de contaminación simbólica (Gaspar, 1985; Sanders, 2002). Podemos pensar que de alguna manera se invierte el imaginario higienista que ponía a las prostitutas como fuente de contaminación y contagios, y son los clientes los que son situados en

tal lugar, de ahí la preferencia por los clientes “limpios”.

Además este límite simbólico estructura una división que permitiría distinguir el sexo como expresión de afecto del sexo como un trabajo y así representa una frontera protectora para la intimidad, las emociones y los afectos de quienes realizan trabajo sexual. Esta distinción que estructura distintos significados para el sexo –sexo comercial y sexo como expresión de afectos o sexo personal– puede observarse más claramente en tres puntos: el rechazo a dar besos a los clientes, las limitaciones temporales y la resistencia a tener relaciones sexuales comerciales sin preservativo.

En algunos estudios se cuestiona el papel mítico de la prohibición de dar besos que aparece entre quienes se dedican al trabajo sexual y esta restricción ha generado alguna polémica. De todas formas, en las entrevistas realizadas se pudo comprobar la efectiva aparición de este límite, aún cuando no ha sido posible chequear la consistencia de las prácticas con estos enunciados, este plano discursivo resulta fundamental para sostener los límites simbólicos a que nos referimos. Tal como se refiere en estudios dedicados a la historia del beso (Cahen, 1997) desde el Renacimiento occidente otorgó un carácter amoroso a los besos. Así, para las entrevistadas los besos aparecen asociados con el cariño, el afecto, y una relación con alguien deseado y especial, por ello son reservados para el sexo en el ámbito privado. Algunas entrevistadas refirieron que les producía “asco” el besar a un cliente, ello muestra la estrecha relación entre el beso y la persona a quien se besa. Es decir, esta repugnancia manifiesta la construcción de los besos como una práctica muy personal, construcción que estaría desarticulada en las prácticas permitidas en el sexo comercial, que serían vistas como “impersonales”. Los besos parecerían ocupar un lugar distinto del que ocupa el sexo, con la significación afectiva indeleblemente grabada (en algunas entrevistas cuando parece que no hay ninguna práctica restringida, las limitaciones son recordadas a partir de la pregunta por los besos). Esto puede relacionarse con la diferencia que plantean algunas activistas entre sexo y sexualidad, en esta diferencia se hallaría implícita una desgenitalización de la sexualidad (cfr. Berkins y Korol, 2007).

No doy besos...Porque el beso me parece que es algo profundo. Algo que sale de adentro del alma de la persona. Varias veces me han dicho los tipos “¿y cómo te cuesta tanto besar y no te molesta chupar

para mí no es lo mismo. Yo el día que tenga que dar besos se los voy a dar a la persona que ame. (Daiana)

Las diferencias del sexo en el ámbito personal y en el laboral no son sólo referidas a prácticas puntuales, sino al modo en que se maneja el cuerpo (evitando la desnudez) la distancia corporal y la temporalidad (en la cantidad y calidad del tiempo que transcurre en la relación). Además acá ha de incluirse la forma en que se concibe a la pareja sexual quien en el sexo comercial sólo es una preocupación en tanto representa una remuneración y no por su propia persona, mientras lo contrario ocurre en las relaciones sexuales en el ámbito privado, concebido como una esfera de cuidados, afectos y deseos mutuos.

Esto es una máquina que si me das 40 pesos hago lo que tengo que hacer y fue. Conforme o no conforme te doy mi tiempo. En mi casa tomate todo el tiempo que quieras y vivamos el sexo. (Valeria)

El uso de preservativos, o la prohibición de no usar el preservativo en las relaciones con los clientes podría ser pensado a la vez como una práctica de cuidado y como una práctica protectora en un sentido más amplio que el sanitario. El uso del preservativo con los clientes aparece, en nuestras entrevistas y en muchos estudios (Sanders 2002; Brewis y Linstead, 2000), como una barrera para diferenciar el sexo comercial del que se tiene en el ámbito personal. Una barrera física que funciona a la vez como un límite simbólico. En este sentido, es notorio que muy pocas entrevistadas declaró utilizar preservativos en sus relaciones sexuales personales, ni aun en el caso de aquellas que tienen varias parejas. Por contraposición a lo que sucedería en las relaciones con los clientes, el hecho de no utilizar preservativos en las relaciones sexuales personales es significado como una muestra de afecto o de confianza, o como prueba de su fidelidad.<sup>8</sup>

### Performatividad del trabajo sexual

Como se dijo en la introducción, el estigma tiende a invadir toda la subjetividad, pero plantear límites puede permitir separar distintas esferas subjetivas. En este sentido la materialización de estas barreras puede ser leída como un signo de agencia sexual, una táctica frente a la amenaza del estigma

<sup>8</sup> De hecho la única entrevistada que declaró haber sostenido en el tiempo el uso de preservativo con quien fue su pareja estable, afirmó que esta práctica le traía tantos problemas que



que imponen las pautas culturales hegemónicas. Las fuentes de las limitaciones tienen que ver con las significaciones que se construyen para algunas prácticas sexuales, para distintas zonas corporales y motivaciones más o menos personales. A su vez estas construcciones de significados se relacionan con diversas dimensiones: con algunos tabúes culturales, con prácticas de salud / higiene, con asumir una determinada orientación sexual (Foucault, 2002), y con la esfera de las emociones y los afectos.

Sin embargo, aunque podemos pensar entonces que hay una “cultura sexual”<sup>9</sup> de quienes realizan trabajo sexual, la demarcación de las limitaciones de las prácticas sexuales realizadas con clientes no debe comprenderse como un momento puntual, ni como unos principios monolíticos establecidos y estáticos, sino como un terreno de lucha donde acontece una performance, un proceso que en cada iteración se halla atravesado y constituido por fuertes tensiones. Entre estas tensiones que marcan las posibilidades de variación de los límites fijados juega un papel importante la presión económica (la necesidad económica de cada una, cuánto dinero ofrezca el cliente y cuánto dinero se haya ganado hasta ese momento de la jornada). Sin embargo a esta deben sumarse:

- Las pautas culturales y legales (que sancionan el status más o menos clandestino y estigmatizado del trabajo sexual);
- Las relaciones de poder entre los géneros (que tienen condicionantes estructurales, pero se actualizan y en cada precisa interacción pueden desestabilizarse);
- Las condiciones de trabajo (el lugar donde se llevan a cabo las relaciones, el sentirse segura ahí o no, las relaciones de poder con la policía, etc.).

Asimismo, además de estas características macro del mercado sexual, también interviene el capital específico que se reúne con los años de experiencia en el trabajo sexual y que redundan en el desarrollo de diversas tácticas para negociar con los clientes, (por ejemplo pactar las condiciones y cobrar anticipadamente, diversas maniobras para colocar los preservativos, etc.).

Sostener los límites de las prácticas sexuales depende, además, de la posibilidad de manejar el ambiente, el clima que se genera en la relación con

el cliente y las propias emociones. Es decir está en relación con la capacidad de realizar trabajo emocional.<sup>10</sup> A su vez, tener prácticas sexuales restringidas puede mostrar a los clientes como falseada la identidad de quienes hacen trabajo sexual, o mostrar un quiebre con su “otro ser”, y por ello requeriría un mayor trabajo para mantener la credibilidad de la “identidad de prostituta” creada frente al cliente.<sup>11</sup> En definitiva, el trabajo emocional que se realiza al hacer trabajo sexual involucra tanto la posibilidad de satisfacer al cliente y lograr una transacción “exitosa” (Sanders, 2005) desde el punto de vista económico, como la necesidad de proteger algunas esferas de propia subjetividad de quienes se dedican a esta labor.

...no es abrirse de piernas. Hay que saber llevar al cliente. El cliente, vos te subís al auto y capaz que te dicen \$20 y vos le podés sacar \$70. Porque a la hora de la verdad... vos venís ahora y te querés casar conmigo, sino por \$70, por \$150 yo me casé. Terminó la hora, pero él estuvo casado una hora conmigo. Amor, pasión platónica con él, pero uno lo tiene que llevar. Es un cliente, pero es un ser humano. No lo voy a hacer sentir que soy una computadora programada [...] Pero tampoco el abuso, ojo, donde te puede el cliente te jode. Hay clientes y clientes (María)

En este sentido es importante concebir las emociones no como una expresión de características esenciales de la persona y ligadas a una supuesta esfera “pre-social”, sino como un producto socialmente construido. De esta forma se puede comprender cómo la supresión de determinadas emociones y la expresión de otras en un trabajo, no implica una alienación de aspectos esenciales de quien hace trabajo emocional, sino que pone en acción habilidades que –facilitadas u obstruidas por las condiciones culturales y estructurales que se mencionan arriba– deben desarrollarse para este tipo particular de labor (Hochschild, 1979; Chapkis, 1997). En particular sostener los límites entre la esfera laboral y las emociones que allí tendrán lugar o se suprimirán y otra esfera personal donde emergen emociones reservadas a la intimidad, es un aspecto fundamental que comparte el sexo comercial con otras formas de trabajo emocional.

<sup>10</sup> Según Hochschild (1979) el trabajo emocional requiere la modificación en grado o en calidad, inducción o supresión de sentimientos o emociones de forma que sean acorde a las “reglas de sentimientos” imperantes en la interacción. Este tipo de trabajo exige una coordinación de la mente y el sentimiento y que a veces se basa en una fuente que honramos como profunda e integral a nuestra individualidad.

<sup>11</sup> Esta particularidad posiblemente se incremente en los niveles

**“Esas cosas las tenés que evitar, pero es el hambre también... pero una cosa es el hambre y otra es el placer”**

Hay aún otro elemento más capaz de mostrar la permeabilidad de los límites demarcados y el trabajo que demanda su mantenimiento: el placer. La distinción entre el trabajo y las relaciones sexuales privadas pone del lado de las últimas tanto las emociones como el deseo y el placer. Sin embargo, tal como aparece en otras investigaciones (Kontula, 2008) y en los dichos de las entrevistadas, el placer y el deseo sexual parece a veces introducirse casi subrepticamente en las relaciones sexuales comerciales (sobre todo cuando los clientes brindan un trato más cuidadoso,<sup>12</sup> produciendo un fuerte contraste quienes tienen un trato más imperativo o “frío”). Ello representa un desafío a los esquemas de límites planteados y un problema que requiere un trabajo emocional muy duro de parte de quienes hacen trabajo sexual.

...me enchufo en la cabeza de que es un trabajo, entendés. Trato de no disfrutarlo, si bien, bueno, hago mi trabajo, me río y jodo, pero me concientizo que es un laburo [...] hay personas que te hacen sentir... tenés ganas que ese tipo venga todos los días, entendés, pero el tipo viene de vez en cuando o por ahí viene una vez y después no viene nunca más. Por eso mismo tenés que mentalizártelo de que es un laburo, si bien lo pasaste bien esa vez y nada más... para no volarte los pelos y tener que ir al psicólogo (Marisol)

Aun cuando la importancia que se le atribuye al placer será mucho mayor en las relaciones sexuales personales que en las relaciones sexuales con clientes (cfr. Kontula, 2008), la aparición furtiva de experiencias placenteras en este terreno muestra a la vez la fragilidad de las demarcaciones entre sexo-trabajo y sexo-placer, y el constante trabajo emocional –y tal vez por ello trabajo invisible para buena parte de los observadores externos– que acarrea el trabajo sexual en las condiciones en que se lo realiza actualmente.

Por otra parte, la necesidad de evitar el placer en las relaciones sexuales comerciales está ligada, como se puede presuponer, al riesgo de involucramiento afectivo con clientes. Sin embargo, el continuo intento por mantener alejados clientes y deseo-placer, también se puede vincularse al fantasma estigmatizante de la “puta perversa” (o lujuriosa) que acecha desde el imaginario. Pasini (2000)

señala que las mujeres que realizan trabajo sexual intentan mostrarse como sexualmente excitadas frente a los clientes, mientras que frente a sus colegas demuestran indiferencia (representado corporalmente como “mantenerse seca” en las relaciones con los clientes) como signo de ser profesional y casi con orgullo. En las charlas y entrevistas realizadas, cuando se pregunta por el placer en el sexo comercial emerge un imaginario de mujeres y travestis quienes “*van por las piernas*”, o sea, que hacen trabajo sexual por el placer sexual que obtienen del mismo. Estas entrevistadas, que describen su vínculo con el trabajo sexual como motivado sólo por razones económicas (“*por la plata*”) y/o para mantener a sus hijos o a sus familias, establecen entonces una distancia y una oposición con esas “*otras*”.<sup>13</sup> Es interesante notar cómo este fenómeno de *othering*, que Barton (2007) señala entre las bailarinas exóticas donde las “*otras*” para las bailarinas son las “*putas*”, (aquellas que acceden a tener sexo con los clientes) se presenta en el contexto del trabajo sexual, donde para algunas de las mujeres y travestis entrevistadas las otras son también las “*putas*”, es decir aquellas que no lo hacen por necesidad económica sino por gusto (y por ello podrían conceder a cualquier demanda del cliente). Sin embargo, tal como señala Barton en su estudio, este proceso de *othering* re-instala peligrosamente los procesos de estigmatización. Esta distinción, que crearía una nueva exclusión dentro de la propia exclusión, constituye una técnica riesgosa para fijar límites pues retoma los esquemas morales hegemónicos sobre el placer y el sexo y los sitúa justo dentro del propio discurso de las estigmatizadas.

## Conclusiones

El manejo de los límites sobre determinadas prácticas sexuales y sobre ciertas zonas del cuerpo y tácticas corporales (encarnar los límites), muestra una construcción de corporalidad y un correspondiente manejo de las emociones particular entre quienes hacen trabajo sexual. En algunos casos parece construirse un “*cuerpo sin alma*” que, paradójicamente, protege frente a la entrada en un terreno donde “*se arriesga el espíritu*”, un cuerpo-*máquina* pero con zonas vedadas, como un signo de la comodificación incompleta del cuerpo/sexo. Este

<sup>12</sup> Según Pasini (2000) otro factor que interviene es la situación de pareja de quienes hacen trabajo sexual, así quienes no tienen una pareja se encontrarían en peores condiciones para

<sup>13</sup> Estas “*otras*” muchas veces eran extranjeras, peruanas o dominicanas –lo cual denota a la vez una otredad racializada–, y en el caso de las travestis a veces eran quienes acceden a hacer

mapa alternativo del territorio corporal puede tanto ratificar como rectificar las zonas que pautas culturales dominantes sancionan como zonas sexuales, afectivas o susceptibles de ser enajenadas en el mercado sexual capitalista. A su vez la variabilidad de prácticas sexuales restringidas de la que dan cuenta algunos estudios que establecen comparaciones entre distintos grupos de personas dedicadas al trabajo sexual en diversas sociedades, (Allen *et al*, 2003),<sup>14</sup> muestra una maleabilidad que permite elaborar diferentes corporalidades y atribuir distintos significados y valoraciones a las prácticas sexuales y a las zonas corporales que involucran. También el manejo de los diferentes registros emocionales y el establecimiento de barreras, límites temporales y de intensidad para determinadas emociones que pueden surgir o no según los distintos contextos, da cuenta del carácter socialmente producido de las emociones.

A pesar de esta maleabilidad, el postular el sexo como un trabajo y como separado de una esfera personal es una tarea que aparece como difícil y requiere un intenso trabajo emocional el cual no siempre es reconocido socialmente como un aspecto valioso. A la vez, sostener estos límites puede involucrar una suerte de lucha micro política, pues bajo las condiciones culturales y legales reinantes la comercialización de servicios sexuales continúa siendo estigmatizada y por tanto acarreando serias consecuencias para quienes realizan trabajo sexual. Construir límites simbólicos y su corporeización, o *límites encarnados*, muestra ser una táctica importante para lidiar con la estigmatización, así, puede ser visto como un acto de agencia sexual y a un cierto punto como táctica de resistencia. Pero a la vez estos límites pueden vincularse a una construcción de otredad (*othering*) que reforzaría los estereotipos negativos y la estigmatización. Entonces, si bien las fronteras establecidas para realizar trabajo sexual dan cuenta de un trabajo subjetivo para lidiar con la estigmatización, la deconstrucción más profunda de los imaginarios y los “personajes per-

versos” históricamente consolidados constituye una tarea mucho más compleja.

El hecho de que las personas que hacen trabajo sexual deban construir estos límites *encarnándolos*, gastando muchas energías para protegerse emocionalmente, refleja cómo este sector continúa siendo marginalizado (Sanders, 2002). En este sentido, los desplazamientos y las implicancias de dichos límites son una forma de analizar las dinámicas de poder que se dan al interior de las relaciones en el trabajo sexual –y probablemente de las relaciones de poder entre los géneros. Ello seguramente no sería visible si se considera al mercado sexual como un mercado laboral sin más y se lo evalúa sin conocer su especificidad. Sin embargo, estas dinámicas tampoco son observables si se piensa de antemano que toda forma de prostitución es equivalente a una dominación estática e incuestionada<sup>15</sup> –o peor que es equivalente a la esclavitud sexual. Tal como señala críticamente Fraser (1993), la comodificación del sexo en vez de otorgar dominio irrestricto al cliente –y ser así una ejemplificación perfecta del “derecho sexual masculino” que postula Pateman (1995)–, más bien plantea limitaciones al mismo. Estas, si bien son permeables, como se dijo, a factores macro –económicos pero también culturales, de género, legales– y micro –relacionados con el capital específico y la capacidad para hacer trabajo emocional–, aún así circunscriben un determinado terreno en que se dará la relación sexual. En un plano más general, la comprensión de estos *límites encarnados* permite ver al sexo como un terreno de lucha que no tiene un significado fijado de antemano, ni liberador y positivo, ni violento y opresivo, sino que es objeto de una constante actualización donde entran en tensión las distintas fuerzas estructurales e históricas y las resistencias que se cuelan por sus fisuras.

<sup>14</sup> En este estudio se compara las distintas formas en que se hace trabajo sexual en distintos países; por ej. en Bali, Zimbabwé y Colombia usualmente se pasa toda la noche con los clientes a diferencia de lo que ocurre en México y EE.UU. donde los tiempos son breves (15 o 20 minutos); en Zimbabwé se acostumbra a besar a los clientes con mayor frecuencia y en Gambia sólo se mantiene un coito vaginal sin ninguna otra estimulación, al igual que en Colombia –aunque los clientes solicitan otras prácticas–, en Escocia se veía al sexo oral como menos íntimo que el vaginal, justo a la inversa de lo que sucede

<sup>15</sup> Como es el caso de algunas corrientes del feminismo abolicionista, tómese por ej. el planteo de Pateman (1995) quien plantea que: “sólo a través del contrato de prostitución el comprador obtiene, por cierto, derecho unilateral de uso sexual del cuerpo de una mujer [...] cuando una prostituta contrata el uso de su cuerpo se está vendiendo a sí misma en un sentido muy real [y así] los varones obtienen reconocimiento público como amos sexuales de las mujeres” (1995: 287, énfasis en el original) y esto implica que se recuerden los significados (¿unívocos?) de la sexualidad masculina y femenina

## . Bibliografía

- ALLEN, B., CRUZ-VALDEZ, A., RIVERA-RIVERA, L., CASTRO, R., ARANA-GARCÍA, M. E., & HERNÁNDEZ-AVILA, M. (2003) "Afecto, besos y condones: el ABC de las prácticas sexuales de las trabajadoras sexuales de la Ciudad de México". *Salud pública de México*, 45 Supp 5, 594-607.
- BARTON, B. (2007) "Managing the Toll of Stripping: Boundary Setting among Exotic Dancers". *Journal of Contemporary Ethnography*, 36(5), 571-596.
- BERKINS, L., & KOROL, C. (2007) *Diálogo: prostitución/trabajo sexual: las protagonistas hablan*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- BREWIS, J., & LINSTEAD, S. (2000) "'The Worst Thing is the Screwing': Consumption and the Management of Identity in Sex Work". *Gender, Work and Organization*, 7(2), 84-97.
- CAHEN, G. (Ed.) (1997) *História do beijo: primeiras lições de amor*. Lisboa: Teorema.
- CHAPKIS, W. (1997) *Live sex acts : women performing erotic labor*. New York: Routledge.
- FERNÁNDEZ, J. (2004) *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- FÍGARI, C. (2007) "Evas con cuerpo de Adán: repugnancia e indignación en la individuación subalterna". En: *IV Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur*, Catamarca.
- FOUCAULT, Michel (2002) *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- FRASER, N. (1993) "Beyond the Master/Subject Model: Reflections on Carole Pateman's Sexual Contract". *Social Text* (37), 173-181.
- GASPAR, Maria Dulce (1985) *Garotas de programa : prostituição em Copacabana e identidade social*. Rio de Janeiro: J. Zahar.
- GOFFMAN, E. (1986) *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRAMMÁTICO, K. (2000) "Obreras, prostitutas y mal venéreo: Un estado en busca de la profilaxis". En LOZANO, F (et al) *Historia de las mujeres en la Argentina*, 2. Buenos Aires: Taurus.
- GUY, D. J. (1994) *El sexo peligroso: la prostitución legal en Buenos Aires 1875 - 1955*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- HOCHSCHILD, A. R. (1979) "Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure". *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- JULIANO, D. (2002) *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria.
- \_\_\_\_\_ (2003) "Prostitución: el modelo de control sexual femenino a partir de sus límites". En R. Osborne & O. Guash (Eds.) *Sociología de la sexualidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI.
- JUSTO, C., & MORCILLO, S. (2008a) "'Le ofrezco señor, este cuerpo sin alma'. Corporeización y subjetividad de mujeres en prostitución". En: *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Posadas: UNaM.
- \_\_\_\_\_ (2008b) "Regímenes del placer. Prostitutas, sacerdotes y médicos". En: *V Jornadas de Sociología y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*. La Plata: UNLP.
- KESLER, K. (2002) "Is a Feminist Stance in Support of Prostitution Possible? An Exploration of Current Trends". *Sexualities*, 5(2), 219-235.
- KONTULA, A. (2008) "The Sex Worker and Her Pleasure". *Current Sociology*, 56(4), 605-620.
- MODARELLI, A. (2005) "1998: Unas metamorfosis que ciegan y embriagan: Deseo, pánico y violencia en torno de las personas travestis en Argentina". En Cáceres, C. et al. (eds.) *Ciudadanía sexual en América Latina*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- MORCILLO, S. (2009) "La mirada médica a la prostitución". En: *VII Jornadas Nacionales de Debate Interdisciplinario en Salud y Población*. Buenos Aires: IIGG-UBA.
- MÚGICA, M. L. (2001) *Sexo bajo control : la prostitución reglamentada: un escabroso asunto de política municipal - Rosario entre 1900 y 1912*. Rosario: UNR Ed.
- NÚÑEZ, F. (2001) "El papel del hospital en el control sanitario de la prostitución", en *Elementos: Ciencia y cultura*, 8(42), 55-59.
- OBREGÓN, D. (2002) "Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)". *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, 9(suplemento), 161-86.
- PARKER, R. y AGGLETON, P. (2003) "HIV and AIDS-related stigma and discrimination: a conceptual framework and implications for action", en: *Social Science and Medicine* 57, pp. 13-24.

PASINI, Elisiane (2000) "Limites simbólicos corporais na prostituição feminina". *Cadernos Pagu*, 14, 181-201.

PATEMAN, C. (1995) *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.

PECHENY, M. (2008) *Proyecto: Trabajando con la Industria de camiones en Argentina para reducir el rol del sector transporte en la transmisión del VIH*. BM/DVCN.

PERLONGER, Néstor (1993) *La prostitución masculina*. Buenos Aires, Ed. de la Urraca.

PHETERSON, G. (2000) *El prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa Ediciones.

RUBIN, G. (1989) "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", en C. Vance (Ed.) *Placer y peligro*. Madrid: Ed. Revolución.

SANDERS, T. (2002) "The Condom as Psychological Barrier: Female Sex Workers and Emotional Management". *Feminism & Psychology*, 12(4), 561-566.

\_\_\_\_\_ (2005). "'It's Just Acting' : Sex Workers' Strategies for Capitalizing on Sexuality". *Gender, Work and Organization*, 12(4), 319-342.

#### Citado.

MORCILLO, Santiago (2011) "De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras encarnadas y tácticas de quienes trabajan en el mercado sexual" en: *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, Nº7, Año 3. Diciembre 2011-marzo 2012. Córdoba. ISSN: 1852.8759. pp. 17-28. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/73/102>

#### Plazos.

Recibido: 23/07/2011. Aceptado: 11/10/2011.